

V.

La antigua civilizacion debió pasar en el mundo, como deben pasar todas las civilizaciones idólatras y materialistas; tocadas de esterilidad y de parálisis, y condenadas por sus vicios interiores á una precoz decadencia. Sugeto á la más ignominiosa servidumbre, y enervado con la prostitucion y los deleites, el imperio romano no fué poderoso para conjurar la tempestad que se levantó en su horizonte, y las legiones de los Césares retrocedieron espantadas en presencia de las huestes que se lanzaron sobre Roma desde las nieves del polo.

El imperio á la sazón habia perdido su entusiasmo, única virtud que Roma habia podido conservar por largo tiempo despues de la destruccion de la república: y con el entusiasmo se extinguió en su seno la vida; por que él es el único que sostiene á las sociedades materialistas y guerreras. Sus triunfos de gloria se habian trocado en acentos de adulacion y de mentira. Necesitado de hombres grandes para que sostuvieran en sus hombros su inmensa pesadumbre, recibió en su lugar todos los dioses de las naciones subyugadas; y con todos sus dioses, todos sus delitos: demasiado orgulloso en medio de la decrepitud para ser gobernado por hombres, colocó á los que le gobernaban en el número de sus divinidades, y los levantó sobre un altar, exponiéndolos así á las adoraciones del mundo; pero no fueron bastante para librar del puñal de los feroces pretorianos á los emperadores de ese pueblo envilecido, ni esa divinidad ni esas adoraciones. Si el imperio romano tardó mucho tiempo en vacilar y destruirse, fué porque el nombre de la ciudad de los Emilios y Escipiones velaba por la conservacion de la ciudad de los Calígulas y los Tiberios: fué porque el genio de la antigua Roma, sentado como un fantasma aterrador sobre sus an-

chos límites, le dió un aire aparente de grandeza, cubriéndole con sus alas protectoras; pero el prestigio pasó al fin; los dioses amigos de la ciudad eterna abandonaron á su suerte el Capitolio, que abrió sus puertas de bronce á las nuevas razas de hombres que le asaltaron en tumulto.

En esta revolucion concluyen las edades pasadas, y comienzan las presentes. Los siglos bárbaros no han sido nulos para los adelantos de la civilizacion, que sin ellos no hubieran existido jamas. El filósofo no puede considerarlos sino como el gran eslabon de la cadena que une á la civilizacion moderna que nace, con la civilizacion antigua que se extingue. La barbarie suspendió por algunos momentos, en verdad, la marcha del saber: pero la existencia de un pueblo envilecido le hubiera sofocado para siempre.

La revolucion que destruyó el imperio romano, es una de aquellas revoluciones que, produciendo un sacudimiento terrible en el mundo moral, deciden con su poderosa influencia de la suerte de los hombres y del caracter de los pueblos: una de aquellas revoluciones, que son raras en la historia del espíritu humano, porque produciendo un desnivel absoluto en el sistema de nuestros conocimientos, y alterando notablemente nuestra manera de sentir, aunque por ventura duren un instante, sus efectos duran muchos siglos. Nosotros nos resentimos todavía de esta revolucion moral que sufrieron nuestros padres; y observando la diferencia que existe entre las ideas que produjo en ellos, y las que tuvieron las sociedades antiguas, veremos la diferencia que hay entre la antigua y la moderna civilizacion.

Los principios dominantes entre los conquistadores eran absolutamente opuestos á los que dominaban entre los conquistados: los segundos eran materialistas, en medio de su civilizacion y su cultura: los primeros eran espiritualistas, á pesar de su rudeza y su barbarie.

Antes de la destruccion del imperio, el mundo creía aun en la fatalidad como en un dogma: despues de la destruccion del imperio, la Providencia de Dios destronó á la Fatalidad de los gentiles; y este dogma saludable penetró en las costumbres de los pueblos, y dominó en la conciencia de los hombres.

Antes de la destrucción del imperio romano, el mundo había levantado altares á la fuerza : la tiranía y la servidumbre eran dos cosas legítimas; porque los fuertes habían nacido para mandar, y los débiles para obedecer : resultando de aquí que la insurrección era legítima, siempre que estaba consumada; porque una insurrección consumada es una insurrección acometida por los fuertes : por eso, fueron legítimos todos los Césares que salieron del pretorio. El pretorio daba la legitimidad, porque era el depositario de la fuerza.

Después de la destrucción del imperio romano, los humildes y los poderosos, los débiles y los fuertes fueron iguales en presencia del Señor : la fuerza abdicó el imperio del mundo en manos de la justicia : los brazos obedecieron al espíritu : la autoridad pública se revistió de un carácter augusto, porque estaba protegida por la idea de su derecho : la idea de la obediencia dejó de estar asociada á la idea de la servidumbre; porque no nació como antes del sentimiento de la debilidad, sino que fué enaltecida y santificada por la idea del deber. Por eso, los Pontífices de Roma, débiles y desarmados, vieron postrados á sus piés á los señores del mundo; por eso, el derecho de la autoridad legítima no prescribió nunca en presencia de la insurrección victoriosa.

Y sin embargo, en aquellos siglos de oscuridad y de barbarie, el mundo fué teatro de insurrecciones, de escándalos, de discordias, de rencores y de crímenes. Esto solo quiere decir, que cuando el mundo moral comenzaba á hallarse en posesión de los principios de orden, las sociedades continuaban agitándose en las convulsiones de la anarquía. Los principios no eran todavía poderosos para dominar á los hechos : para dominarlos definitivamente, debían dominar antes definitivamente á los espíritus; y esa dominación es siempre lenta como todas las dominaciones durables.

Antes de la destrucción del imperio romano, las sangrientas pasiones de los hombres tenían tres respiraderos inmensos, á saber : el teatro, el foro y el circo. Después de la destrucción del imperio romano, las ciudades más populosas se convirtieron en vastas y profundas soledades : el teatro, el foro y el circo queda-

ron silenciosos y desiertos : la actividad devorante del hombre no tuvo más horizonte que una solitaria fortaleza : su circo, su foro, y su teatro fué el hogar de su familia.

Entonces sucedió que el hombre, apartados sus ojos de las tempestades del mundo, los clavó en el apacible semblante de la madre de sus hijos : entonces conoció que la que había sido su esclava, podía ser su compañera.

Entonces sucedió que, no pudiendo el alma esparcirse con los espectáculos exteriores, se arrolló dentro de sí propia como en su tabernáculo escondido.

Entonces sucedió que se vió asaltada de repente de nuevos pensamientos, de nuevas imaginaciones y de nuevas ideas. Si el horizonte del mundo exterior la había parecido grande, el horizonte del mundo interior debió revelarle la idea de lo inmenso y de lo infinito.

El politeísmo, materializando al hombre, le obligó á esparcir su pensamiento por los tesoros y las maravillas de la tierra. La religión cristiana, dirigiéndose á su espíritu, le elevó en las alas de la caridad y de la fé, y le lanzó por los abismos de la eternidad y por los rumbos del cielo. El politeísmo derramó sobre la faz de la tierra todos los encantos de la fábula; porque la tierra, para los gentiles, era un magnífico palacio, adornado por la divinidad para recibir á los hombres. La religión cristiana llamó á la tierra *Valle de lágrimas*, para dar á entender que era una débil tienda, abierta por la mano de Dios por una hora, para que dispensase breve reposo al cansado peregrino.

Por eso, cuando la religión cristiana vino al mundo, la tierra no estuvo ya vestida á los ojos de los hombres con su vestido de boda; sus oráculos callaron; desaparecieron sus náyades y sus ninfas; y postrada ante Dios, la naturaleza fué condenada al silencio.

Los dioses del Olimpo habían dicho á los hombres; «entregaos á los deleites»; y los hombres, esclavos de esta voz, se precipitaron en pos de los placeres carnales. La religión cristiana nos dijo: «expiad con la penitencia vuestros crímenes; fortaleced con la ora-

ción vuestros espíritus;» y los hombres se vistieron de jerga, y maceraron sus carnes, y abandonaron las ciudades populosas, y adoraron á Dios en los desiertos.

Una revolucion tan inmensa en la manera de ver y de sentir de los hombres debió producir necesariamente una revolucion análoga en la manera de expresar sus sentimientos. De lo contrario, sería forzoso suponer que es compatible la flexibilidad de la sustancia con la inflexibilidad de la forma, que se ha hecho para ella; lo cual es un absurdo evidente.

Lo que dicta la razon, está confirmado por la historia; los dioses que enmudecieron en el Olimpo, las ninfas que abandonaron el mundo, no fueron invocadas por la voz de los poetas, ni profanaron su lira. La poesía cristiana proclamó el culto del *espíritu*, y proscribió el culto de *las formas*. La poesía de los gentiles fué sóbria de sentimientos, y rica de imágenes: la poesía de los cristianos fué sóbria de imágenes, y rica de sentimientos. Ni podia ser de otro modo; como que los sentimientos nos vienen de la meditacion, y las imágenes nos son sugeridas por la materia. La poesía de los gentiles cantó la naturaleza física, describió su pompa, sus galas, su animacion y sus colores. La poesía cristiana tendió un crespon fúnebre sobre la naturaleza silenciosa, y despreciando sus acordadas armonías, se arrebató con los sublimes conciertos de las arpas de los ángeles.

La musa de los gentiles estaba coronada de alegres siempre-vas; la musa de los cristianos de melancólica verbena: la primera sobresale, cuando canta la felicidad de los placeres: la segunda cuando gime sobre nuestros infortunios, y cuando cuenta, por los latidos de nuestro corazon, nuestros dolores. Estas dos musas se han dividido el imperio de los mundos. El imperio del mundo moral pertenece á la musa de los cristianos; el del mundo físico á la de los gentiles; por eso, la de los cristianos tiene sus ojos clavados en el cielo, y la de los gentiles en la tierra.

Tales son los hechos históricos: yo ni los combato ahora ni los defiendo; los consigno, y lo que es mas, los explico por las grandes catástrofes sociales que han afligido á los pueblos.

Mas adelante veremos si esas dos musas son hermanas ó enemigas: y si entre esos dos mundos hay un abismo sin puente, ó una cadena que los une. Por ahora me basta consignar aquí, como un hecho, que esas dos musas y que esos dos mundos tienen una existencia distinta, lógica é históricamente necesaria: que ni los clásicos ni los románticos pueden revelarse contra su legitimidad comun, sin revelarse al mismo tiempo contra la razon y la historia.

Mientras que el materialismo y el espiritualismo sean dos escuelas filosóficas, el romanticismo y el clasicismo serán dos escuelas literarias: sin que se destruyan las primeras, no pueden ser destruidas las segundas; y las primeras existieron ayer, y existen hoy, y existirán siempre, porque existirán siempre, como existieron ayer y existen hoy, el alma y el cuerpo, el espíritu y la materia, Dios y el mundo.

La cuestión consiste en averiguar si esos elementos indestructibles están condenados á un perpétuo antagonismo, ó si es posible entre ellos una absoluta concordancia.

VI.

En mi artículo último, procuré demostrar que la destruccion del imperio romano, obra de naciones bárbaras y de una religion divina, fué una revolucion inmensa para las sociedades humanas; y que esa revolucion, habiendo alterado profundamente los hábitos y las creencias populares, produjo tambien un trastorno en la literatura de los pueblos: trastorno que fué lógico é históricamente necesario; porque la literatura no ha tenido el privilegio de existir como una abstraccion independiente de las revoluciones del mundo, de las mudanzas de los hombres, y del transcurso de los siglos.

En el mismo artículo, procuré reducir á cláusulas breves y pre-

cisas las diferencias generales que entre una y otra religion, entre una y otra sociedad, entre una y otra literatura existian. Hoy me propongo examinar mas detenidamente este asunto, haciendo algunas aplicaciones especiales de los principios que entonces di por sentados.

El principio de la asociacion fué el que prevaleció en el mundo, mientras duró la existencia de las sociedades antiguas: consagrado el ciudadano á la vida pública, no conoció los placeres de la vida privada. El foro no consintió al hogar de la familia; por eso, mientras que la ciudad política ensanchaba prodigiosamente sus derechos, el hombre no tuvo hogares. Por el contrario, entre los bárbaros del Norte, los derechos del individuo eran mas extensos y sagrados que los derechos de la asociacion. El principio de la autoridad estaba dominado por el de la independencia; el hombre era superior á la ley. Por eso, mientras que, en las sociedades antiguas, los ciudadanos hacian el sacrificio de su individualidad en los altares de su patria, entre los bárbaros del Norte, el interés general de la asociacion se subordinó siempre á los intereses de los asociados.

Esto explica porqué, en la antigüedad, las grandes cosas se hicieron siempre por los pueblos: mientras que despues se hicieron por los hombres.

En la poesía épica y dramática de los antiguos, todos los personajes se eclipsan siempre delante del pueblo: la grandeza épica de la Iliada no se cifra en la grandeza de Hector ni en la grandeza de Aquiles, sino en la lucha entre la asociacion griega y la ciudad pelásgica, entre los destinos occidentales y los destinos del Oriente.

En la infancia de la tragedia, los personajes dramáticos estuvieron subordinados al coro, es decir, al pueblo: y es sabido que el coro no abandonó jamás la escena, aun despues de los adelantos del arte; sino antes bien ejerció un derecho de censura sobre todos los personajes dramáticos, aunque esos personajes fueran reyes.

Tebas se siente abatida por la cólera de un dios: la peste que la consume, la fiebre que la devora, dan bien á entender que dentro

de sus muros habita un criminal, ignorado de los mortales y conocido de los dioses. Los tebanos se derraman melancólicos por la ciudad enlutada, se agolpan como fantasmas excuálidas y suplicantes en los pórticos de los templos; entonan himnos fúnebres para desviar de sus frentes la cólera divina; interrogan á los oráculos; circundan á los sacerdotes; fatigan á los intérpretes del cielo; y rodean, en fin, á Edipo, el vencedor de la esfinge, el adivinador de enigmas, el favorecido de los dioses inmortales, el rey clemente y justiciero, que gobierna con próspera fortuna á los descendientes de Cadmo. Tebas pide á los sábios y á los justos de la tierra que la muestren el criminal, y que le digan el crimen que trajo sobre sus muros la cólera de Apolo: Tebas pide á los sacrificadores que alienen su corazon para descargar el hacha sobre la frente de la víctima, y que levanten el altar del sacrificio. Edipo se presenta magestuoso y apacible, enjuga las lágrimas de su pueblo consternado. El drama comienza entonces, desenvolviéndose unas veces con movimiento acelerado, otras con angustiosa lentitud y con una pausa solemne.

En todo el curso de esta tragedia, obra maestra de Sófocles, asombro de los siglos y maravilla del arte, nada sucede que sea debido á la intervencion de los hombres: nada sucede que sea debido á los caracteres de los personajes dramáticos. Edipo es una víctima fatalmente destinada á ofrecerse en holocausto á la cólera de un dios y á la venganza de un pueblo, únicos personajes que, en las sociedades antiguas, no necesitaban de la razon, para que su voluntad fuese ley: ¿qué mucho que no encontremos caracteres en la dramática de los griegos, si los individuos no eran sino pajuela liviana, movida por el soplo de un dios ó por los vientos populares?

Ahora bien: como desde que vino al mundo la religion verdadera, la voluntad del hombre pudo resistir en los casos particulares á la voluntad divina; y como, desde que los bárbaros destruyeron el imperio de Occidente, la dignidad y la independencia de los individuos se abrieron paso por las asociaciones humanas, de aquí fué, que siendo mayor la importancia de los hombres, señores ya de

sus destinos, aparecieron también mas grandes y mas independientes en la dramática de las sociedades modernas.

El estudio de los caracteres comenzó á ser cultivado, cuando comenzó á ser provechoso; y comenzó á ser provechoso, cuando, no derivándose ya la acción dramática de la voluntad inmutable de los dioses, ni de la voluntad caprichosa de los pueblos, tuvo su origen en la portentosa variedad de los caracteres individuales de los hombres. Proscriptos en los dramas modernos los oráculos, por donde se revelaba á los mortales la voluntad divina, y los coros, por donde manifestaban sus necesidades y su voluntad los pueblos, sucedió que los individuos fueron los únicos reyes de la escena. De este modo, el individualismo de los conquistadores del Norte, habiéndose enseñoreado de la sociedad, se enseñoreó también de la poesía. Tan cierto es que las revoluciones literarias siguen de cerca á las revoluciones políticas y sociales, y que, para ser cabalmente comprendidas, no basta que las examinemos *á priori*, sino las consideramos en la historia.

Pero la mas grande entre las revoluciones consumadas en estos tiempos primitivos, fué sin duda la que trastornó de todo punto las relaciones que antes existieran entre la muger y el hombre. La religion cristiana, que colmando los abismos que separaban á las naciones, constituyó á la humanidad una, idéntica, solidaria y responsable: que constituyó la unidad social, allanando las barreras levantadas entre las razas enemigas, humillando á los soberbios y ensalzando á los humildes: que, dirigiéndose á los hombres, les anunció que eran hermanos; esa religion no agotó el tesoro de todos sus prodigios, sino cuando mandó á la muger que se levantara del polvo, y se la presentó al hombre diciéndole: he ahí tu compañera. Entonces, y solo entonces, el hombre y la muger se enlazaron con augustos desposorios, con júbilo de la tierra y con arrobamiento de los Cielos. Entonces hubo dos leyes santas, desconocidas de los tiempos antiguos: la de la caridad, que ligó á los hombres entre sí con vínculos suaves: la del amor, que ligó á la muger con el hombre en indisoluble lazada.

Rehabilitada en sus derechos la muger, fué santificado el amor:

y de vaso de ponzoña, que era antes para los labios, se convirtió en pura fuente de aguas vivas.

En las sociedades antiguas, el amor fué una calamidad, causa de todos los males, de todos los desórdenes, así públicos como privados: en las sociedades modernas, es un signo de ventura, y una bendición del cielo; es un manantial fecundo de inextinguibles placeres.

En las sociedades antiguas, la presencia de la muger era de mal agüero; porque la muger se levantaba como un obstáculo invencible entre los grandes hombres y las grandes empresas, entre los héroes épicos y sus elevados designios. En las sociedades modernas, la muger no aparece sino para estimular á las grandes acciones, y á los sacrificios generosos; para levantar el ánimo de los hombres que desfallecen, y para hacerles fácil el ágrío sendero de la inmortalidad y el áspero camino de la gloria.

Dante, príncipe de todos los poetas de la era cristiana, se acoge al amparo de Beatriz en su peregrinacion portentosa; para que, disipando las sombras de su espíritu y las tinieblas de sus ojos, pueda verse circundado. sin cegar y morir, de los divinos resplandores. Ella le conduce amorosamente por aquellas regiones elevadas á donde no alcanzaron jamás ojos mortales, siendo la muger, de esta manera, el ángel que endereza nuestros pasos hácia Dios y que alumbra nuestra ceguedad, para que podamos distinguir las maravillas del Cielo.

Sin el amor, Petrarca no hubiera dejado al mundo su melancólico laud y sus suavísimas endechas. Sin el amor, Torcuato Tasso no hubiera arrojado á los vientos, para que las guardase la historia, las páginas de oro de la Jerusalem conquistada, escritas para la eternidad en los accesos alternados de una fiebre interior y de una sublime locura.

El amor y la muger; tales son las fuentes inagotables de las inspiraciones mas altas, en las sociedades modernas; como, en las antiguas, lo habían sido los dioses y los pueblos.

Este fenómeno no parecerá extraño, si se atiende á que la muger fué reina en los siglos bárbaros, y á que el amor tuvo, en esos siglos, altares.

Para formarse una idea del imperio que la muger y el amor tuvieron sobre las costumbres, en los siglos medios, bastará por ahora recordar que uno de los caracteres de la caballería, institucion política, religiosa y social, que no ha sido aun cumplidamente examinada, era el culto rendido por el caballero á la muger, considerada como principio de todo lo bueno, y especialmente de la elevacion moral, que inclina al hombre que la posee á las grandes empresas y á las heróicas acciones.

Por eso, los caballeros mas valerosos y esforzados imploraron siempre en medio de los peligros la proteccion de su dama: por eso, cuando salian vencedores en las lides, ponian ante sus pies, como tributo pagado por su amor, los conquistados despojos: por eso, llevaban á las justas y torneos sus colores, y la rendian homenaje en sus empresas y divisas; por eso, las damas tenian su *Corte de amor*, institucion que las sociedades antiguas no hubieran podido concebir, especie de tribunal en donde la muger juzgaba al hombre como dueña de su honra, en donde el amor y el ingenio eran feudatarios de la belleza, linage de congresos desconocidos antes, y desusados despues, en que se trataba de los hombres por las damas, como de los súbditos por los reyes. Por esta razon, un caballero sin dama estaba solo en el mundo, estaba fuera de la humanidad, y cuasi fuera de la ley; como quiera que no tenia quien abogase por él en el augusto Congreso, dispensador de la gloria.

En segundo término del cuadro, y detras de los caballeros y las damas, estaban los trovadores, que fiaban á la posteridad en sus cantos el valor y el ingenio de los unos y la belleza de las otras. En los cantos de los trovadores, el primer personaje, en la tierra, es la muger; y en el Empíreo, la Virgen. De esta manera, la muger y el amor, despues de haber sido causa de una revolucion en las costumbres, causaron tambien una revolucion en la poesía.

VII.

De los artículos que sobre el clasicismo y el romanticismo he publicado hasta ahora, se deducen las consecuencias siguientes: 1.^a Que si por clasicismo se quiere significar la poesía de las sociedades antiguas, y por romanticismo la de las sociedades modernas, el clasicismo y el romanticismo son dos escuelas legítimas, porque estan fundadas en hechos históricos irrecusables: 2.^a Que esas dos escuelas se diferencian profundamente entre sí, como quiera que el clasicismo se distingue por la perfeccion de las formas, y el romanticismo por la profundidad de las ideas; el clasicismo por la riqueza de las imágenes; el romanticismo por la elevacion de los sentimientos. De donde se sigue, que los clásicos y los románticos, cuando se niegan mutuamente el derecho de ciudadanía en la república literaria, se insurreccionan contra la razon y se sublevan contra la historia.

Este hecho es grave, y merece ser explicado. Si no hubiera mas clásicos que Racine y Molière, ni mas románticos que Calderon y Shakespeare, la contienda entre clásicos y románticos no hubiera existido, porque todos los hombres de genio son hermanos: pero á Calderon y á Shakespeare han sucedido sangrientos dramaturgos; y á Racine y á Molière ridículos copleros. Los copleros, viendo que los dramaturgos escriben en su estandarte, *romanticismo*, han condenado el estandarte y la palabra, y han hecho bien: y los dramaturgos, viendo que los copleros escriben en su estandarte, *clasicismo*, han condenado el estandarte y la palabra, y han hecho mejor: ¿Pero qué importan para las ciencias y para la literatura las controversias ridículas entre dramaturgos y copleros? Lo que importa demostrar, y lo que demostraré en este artículo, es, que